



ILPES

INSTITUTO LATINOAMERICANO
DE PLANIFICACION
ECONOMICA Y SOCIAL

~~CEPAL/ILPES (1844)~~

PROGRAMA DE CAPACITACION

Documento TP-47

Rattos

LA NUEVA CONFUSION ACERCA DEL "PLANEAMIENTO" ^{*}/

~~F. A.~~ Hayek, Friedrich A. von

^{*}/ El presente documento, que se reproduce para uso exclusivo de los participantes de los cursos del Programa de Capacitación, fué tomado de Revista Búsqueda Nº 64. Montevideo, diciembre de 1977.
84 - 7 - 1071

DOCUMENTOS

La Nueva Confusión Acerca del "Planeamiento"

Por F. A. Hayek

El siguiente artículo fue escrito por F. A. Hayek, ganador del Premio Nobel de Economía en 1974. En su carrera de medio siglo, el Profesor Hayek ha enseñado en las principales universidades de Austria, Estados Unidos, Inglaterra y Alemania. Ha escrito acerca de variados temas, que abarcan desde la Teoría del Capital hasta la relación entre el individuo y el Estado. Su "Camino a la Esclavitud", publicada en 1944, es considerado un tratado clásico sobre los riesgos de la libertad inherente al planeamiento centralizado.

Es un hecho innegable, aunque no por ello menos lamentable, que la Economía, más que cualquier otra disciplina científica, está propensa a los vaivenes recurrentes de las modas, a la intromisión periodística en la discusión profesional de las supersticiones populares que las generaciones precedentes de economistas habían logrado exitosamente relegar a los círculos de chiflados y demagogos. La inflación es uno de esos temas irrefrenables que una y otra vez atraen a algunos economistas mediocremente preparados, y otro es la defensa del planeamiento económico desde que adquiriera popularidad bajo ese nombre a través su empleo por los comunistas soviéticos. Esta concepción, inicialmente desarrollada por ciertos organizadores de la economía bélica alemana durante la Primera Guerra Mundial, fue ampliamente discutida por los economistas en las décadas del 20 y del 30, y todos aquellos familiarizados con esta discusión estarán de acuerdo en que fue en gran medida una contribución a la clarificación de conceptos; y admitirán también que podría sumirse hoy día con total propiedad, que ningún economista que vivió la citada discusión volvería a hablar del tema emplean-



do los vagos y confusos conceptos inicialmente utilizados.

Por supuesto nadie está obligado a aceptar las que en ese momento parecieron ser las conclusiones de esas discusiones —que estaban muy poco a favor del planeamiento central; en toda disciplina científica el descubrimiento de nuevos hechos o nuevas consideraciones puede llevar a la revisión de las conclusiones a las que se había llegado en el pasado. Pero, lo que por cierto es dable esperar de un economista profesional de relevancia conocida, es que no hable como si tales discusiones pasadas nunca hubieran tenido lugar, y que no use expresiones en sentidos ambiguos y equívocos que, paso a paso, y con gran dificultad, habían sido eliminados en la discusión anterior.

Es con respecto a esto que los pronunciamientos vertidos en la Reapertura del debate acerca de este tema por el Profesor Wassily Leontief, hasta hace poco tiempo de la Universidad de Harvard, causan tan amarga decepción. El hecho que un economista importante de reputación internacional, haya usado nuevamente el término "planeamiento" con toda la ambigüedad que sólo pudiera esperarse sería usado actualmente como un atrayente término propagandístico por personas de escasa responsabilidad; y es completamente imperdonable que no considerase las conclusiones esenciales —aunque tal vez provisionales— que emergieron en principio de la discusión sobre el planeamiento económico central en los años 20 y 30, y también más adelante, de la discusión no menos intensa acerca del "planeamiento indicativo". Aunque las manifestaciones que consideraré en este trabajo han sido formuladas en representación de un "Comité de Iniciativa para el Planeamiento Económico Nacional", parecería que el Profesor Leontief debiera cargar con la responsabilidad principal de la argumentación económica englobada en tales manifestaciones. Es el principal promotor visible del Comité, y entre sus voceros es, sin duda, el eco-

nomista de experiencia más relevante en lo que a trabajo profesional se refiere. Su co-presidente, Mr. Leonard Woodcock, presidente de la "United Auto Workers", no es ciertamente un economista profesional, habiendo reconocido públicamente que no había empezado a pensar seriamente acerca del planeamiento económico por parte del gobierno hasta el embargo del petróleo. Y verdaderamente, algunos de sus comentarios sugieren que ni siquiera ahora lo ha pensado con mucho detenimiento.



La peor confusión por la cual se trasluce la nueva agitación norteamericana con respecto al "planeamiento", sin excluir las varias manifestaciones por parte del Profesor Leontief mismo, fue ingenuamente expresada en la primera frase de un editorial del "New York Times" del 23 de febrero de 1975. En dicho editorial se preguntaba: "¿Por qué se considera al planeamiento como algo bueno para los individuos y los negocios, pero algo malo para la economía nacional?"

Es casi increíble que en este momento un investigador honesto se convierta inocentemente en víctima del equivocado de la palabra planeamiento, y crea que la discusión acerca del planeamiento económico se refiere a la cuestión de si la gente debería planear sus asuntos, y no a la cuestión de "quién" debería planear dichos asuntos. En respuesta a esto, sólo me queda repetir lo que hace más de 30 años expliqué en un libro, considerándolo ya en ese entonces de una longitud innecesaria: (1)

"Sin duda la popularidad del "Planeamiento" se debe en gran medida al hecho que todos deseamos que nuestros problemas comunes sean manejados tan racionalmente como sea posible, y, que al hacerlo así, se haga uso de la mayor previsión. En este sentido, todo el que no sea un fatalista absoluto puede planear, todo acto político es (o debería ser) un acto de planeamiento, y sólo puede hacerse diferencia entre, por un lado, planeamientos buenos, inteligentes y perspicaces, y por otro, planeamientos malos, tontos y de corto alcance. Un economista, cuya tarea global es el estudio de cómo los hombres realmente planean sus asuntos, y la forma en que deberían hacerlo, es la última persona que podría objetar el planeamiento en este sentido general. Pero no es en este sentido que nuestros entusiastas de una sociedad programada emplean actualmente este término; no es simplemente en este sentido que debemos planear si queremos que la distribución de los ingresos o la riqueza se adecúe a un módulo particular. De acuerdo a los modernos planificadores, y para sus propósitos, no es suficiente diseñar la más racional y permanente forma de trabajo, dentro de la cual las variadas actividades serían conducidas por diferentes personas de acuerdo a sus planes individuales. De acuerdo a ello, este plan liberal no es tal — y no es, verdaderamente, un plan diseñado para satisfacer opiniones particulares acerca de quién debería poseer qué cosa. Lo que

nuestros planificadores demandan es una dirección central de toda la actividad económica, de acuerdo a un sólo plan, estableciendo la forma en que los recursos de la sociedad deberían ser 'conscientemente dirigidos' para servir de un modo definido a fines particulares.

"La disputa entre los modernos planificadores y sus opositores no es por lo tanto una disputa sobre si deberíamos elegir inteligentemente entre las varias posibles organizaciones de la sociedad; no es una disputa sobre si deberíamos emplear un pensamiento sistemático y previsor en el planeamiento de nuestros asuntos comunes. Es una disputa acerca de cuál es la mejor manera de hacerlo. La cuestión es si para satisfacer este propósito, es mejor que el depositario del poder coercitivo se limitara en general a la creación de condiciones bajo las cuales se diera el conocimiento e iniciativa de los individuos el mejor alcance, de modo que 'ellos' puedan planear con mayor éxito: o si una utilización racional de nuestros recursos requiere la dirección y organización central de todas nuestras actividades de acuerdo a cierto 'diseño' conscientemente construido. Los socialistas de todos los partidos se han apoderado del término 'planeamiento' para este tipo de planeamiento, el cual es actualmente aceptado en este sentido. Pero aunque se intenta sugerir que ésta es la única forma racional de manejar nuestros asuntos, por supuesto no lo prueba, ya que sigue siendo el punto sobre el cual no han logrado ponerse de acuerdo los planificadores y los liberales".

(El término "liberal" es usado aquí y también en una cita anterior en el sentido inglés clásico, y no en el sentido norteamericano moderno, por supuesto).

Quizás fuera adecuado que yo explicara que esto fue escrito en un libro que trataba sobre las consecuencias morales y políticas del planeamiento económico, diez años después de la gran discusión acerca de la cuestión de su eficacia o ineficacia económica, a la cual me dedicaré más adelante. Y también quizás debiera agregar que J. A. Schumpeter me acusó en ese entonces con respecto al libro, de "amabilidad hacia una falta", porque yo "casi nunca atribuía a los opositores algo más que un error intelectual" (2). Menciono esto como una disculpa en caso de que, al encontrar las mismas frases vacías más de treinta años después, no sea capaz de actuar con la misma paciencia e indulgencia.



El gran debate de los años 20 y 30 se centró principalmente en la cuestión de la justificación de las esperanzas socialistas de aumentar la productividad mediante la sustitución de la competencia del mercado por el planeamiento central. En el momento actual, no creo que ninguno de los que hayan estudiado estas discusiones pueda negar que tales esperanzas fueron destrozadas, y que se llegó a reconocer que un intento de planeamiento colectivista centralizado de un gran sistema eco-

(1) En el capítulo III de "El camino a la Esclavitud", The University of Chicago Press, pp. 34ff.

nómico llevaría, por el contrario, a una gran disminución de la productividad. Aún los países comunistas se han visto forzados a reintroducir la competencia para proveer a la vez incentivos y una serie de precios significativos para servir de guía al uso de los recursos. Nosotros podemos dedicar muy poco espacio a aquellos viejos ideales del planeamiento centralizado, ya que aún los que propusieron los esquemas actualmente en discusión niegan pretender un sistema de planeamiento en el cual una autoridad central comanda lo que debe hacer la empresa individual —aunque es lícito dudar si su propósito puede ser logrado sin este tipo de régimen.

Por lo tanto, en lo que a la eficacia de la dirección central se refiere, nos contentaremos con exponer brevemente por qué tal argumento es erróneo.

La razón principal por la cual no podemos esperar que la dirección central llegue a lograr nada similar a la eficiencia en el uso de los recursos a la que hace posible el mercado, es que el orden económico de una sociedad grande descansa sobre la utilización del conocimiento de circunstancias particulares ampliamente dispersas entre miles o millones de individuos. Por supuesto, siempre hay muchos hechos que el conductor individual de un negocio debería saber, para así tomar las decisiones adecuadas, pero que nunca pueda llegar a conocer directamente. Pero entre las probables alternativas para solucionar estas dificultades — ya sea transmitiendo a una autoridad central directriz toda la información relevante poseída por los diferentes individuos, o comunicando a los individuos por separado toda la información relevante posible para que ellos tomen sus decisiones — únicamente hemos descubierto una solución para la segunda tarea: el mercado, y la determinación de los precios han previsto un procedimiento mediante el cual es posible transmitir a los dirigentes individuales de las unidades productivas tanta información condensada como fuera necesario para integrar sus planes dentro del ordenamiento del resto del sistema. La alternativa de que todos los dirigentes individuales transmitan a una autoridad central pianificadora el conocimiento de hechos particulares que ellos poseen es claramente imposible — simplemente porque ellos no pueden saber con anticipación cuales de las circunstancias concretas que ellos conocen o podrían llegar a conocer es de importancia para la autoridad del planeamiento centralizado.

Hemos llegado a comprender que el mecanismo del mercado y del precio proveen en este sentido un procedimiento de investigación que a la vez hace posible la utilización de mayor cantidad de hechos que cualquier otro sistema conocido, y que provee el incentivo para el descubrimiento constante de nuevos hechos, que mejoran la adaptación a las circunstancias en constante cambio del mundo en que vivimos. Por supuesto, esta adaptación nunca es tan perfecta como sugieren los modelos matemáticos del equilibrio del mercado; pero ciertamente es mucho mejor que cualquier otra forma. Creo que existe un acuerdo sustancial acerca de estos puntos entre los estudiosos serios de estas materias.

IV

Pero lo curioso es que recientemente ha comenzado a escucharse con mayor frecuencia un argumento que invierte el rol histórico que ha jugado el mercado y el mecanismo de los precios en el orden y eficiencia de las economías individuales y de la economía mundial. Se sostiene que el mercado puede haber sido un mecanismo adecuado de coordinación bajo condiciones anteriores, más simples, pero que en los tiempos modernos los sistemas económicos se han vuelto tan complejos, que ya no podemos confiar en las fuerzas espontáneas del mercado para la ordenación de las prioridades económicas, y que en su lugar debemos volvernos hacia la dirección o planeamiento centralizado. Tal argumento presenta cierta plausibilidad superficial, pero al examinarlo resulta particularmente tonto. En realidad, la misma complejidad que ha asumido la estructura de los modernos sistemas económicos provee el argumento más sólido contra el planeamiento centralizado. Es progresivamente menos imaginable que una única mente o autoridad programadora pueda alcanzar a tener bajo control los millones de conexiones entre las siempre más numerosas actividades interrelacionadas que se han vuelto indispensables para el mantenimiento del nivel de vida que ha logrado el hombre occidental.

El hecho de que hayamos sido capaces de lograr un grado razonablemente alto de orden en nuestra vida económica, a pesar de las modernas complejidades, se debe únicamente a que nuestros asuntos han sido guiados, no por medio de dirección centralizada, sino por las operaciones del mercado y la competencia, tendientes a asegurar los ajustes mutuos de los esfuerzos individuales. El sistema del mercado funciona porque es capaz de tomar en cuenta los millones de hechos y deseos por separado, porque llega mediante miles de antenas sensitivas a todos los escondrijos y rendijas del mundo económico y vierte la información adquirida, ya codificada, a una "Junta de Información Pública". Lo que el mercado y sus precios proveen es una continua puesta al día de las relativamente cambiantes rarezas de diferentes comodidades y servicios. En otras palabras, la complejidad de la estructura requerida para producir el ingreso real que actualmente somos capaces de proporcionar a las masas del mundo occidental — el que excede todo lo que podemos estudiar o imaginarnos en detalle— únicamente pudo desarrollarse porque nosotros no intentamos planearlo o sujetarlo a ninguna dirección centralizada y, en cambio, dejamos que sea guiado por un mecanismo ordenador espontáneo, o autogenerador, como lo llama la moderna cibernética.

(2) J. A. Schumpeter, *The Journal of Political Economy*, vol. 54, 1946, p. 239.

V

Aparte de la reiginición ocasional de los viejos equívocos en los círculos profanos, el argumento de la eficacia del planeamiento económico central ha sido casi universalmente abandonado. Si bien aún se propugna en ciertas oportunidades la dirección central de toda la actividad económica por parte de estudiosos serios, esa propuesta se basa en el argumento diferente y lógico de que únicamente de esta manera puede la distribución de los ingresos y la riqueza entre los individuos y los distintos grupos adecuarse a un determinado criterio moral preconcebido. Apárentemente un buen número de idealistas socialistas estaría preparado a tolerar el sacrificio sustancial del bienestar material si con eso pudiera lograrse lo que ellos consideran una distribución mejor de la justicia social.

Las objeciones a esta exigencia de mayor justicia social por supuesto deben ser, y son, de un carácter completamente diferente de aquéllas contra la presunta y mayor eficiencia de un sistema planificado. Hay dos objeciones fundamentales diferentes a estas exigencias, cada una de las cuales me parece decisiva. La primera es que no existe, ni siquiera parece concebible el acuerdo en cuanto al tipo de distribución que se desea o se considera moralmente procedente: la segunda es que cualquier esquema distributivo propuesto en realidad sólo podría ser realizado en un sistema totalitario, en el cual los individuos no tuvieran posibilidad de usar su propio conocimiento para sus propios propósitos, sino que tendrían que trabajar bajo órdenes o en trabajos asignados, para lograr los fines determinados por la autoridad gubernamental.

La libertad en la elección de la actividad tal como nosotros la conocemos es posible únicamente si la recompensa esperada de cualquier trabajo correspondiente al valor que tendrán los productos para los consumidores. Pero este valor a menudo no tendrá ninguna relación con los deseos, necesidades u otros requerimientos del productor. En una sociedad en la cual la remuneración de los individuos quiere hacerse corresponder a algo llamado "justicia social" es una quimera que involucrará una pérdida desastrosa de la libertad personal. Aún los más legos en la materia deberían haber aprendido de George Orwell y de muchos otros lo que debe esperarse de un sistema de este tipo.

VI

Los nuevos defensores norteamericanos del planeamiento sostendrán, sin embargo, que tienen conocimiento de todo esto, y que nunca han defendido un sistema de dirección centralizada de las actividades económicas individuales, y que hasta ya han dicho esto. A pesar de ello, quedan dudas en cuanto a si lo que ellos defienden no llevaría a un sistema tal. Es bastante lo que ellos dejan en la oscuridad, y precisamente es este estado de confusión el camino más seguro al infierno.

A modo de ejemplo, veamos el enunciado del Comité de Iniciativa para el Planeamiento Económico Nacional, en los 'Argumentos a favor del Planeamiento': "Debe dejarse claro que la Oficina de Planeamiento no determinará metas específicas para la General Motors, General Electric, General Foods, o cualquier otra firma individual. Pero indicaría el número de autos, el número de generadores, o la cantidad de elementos congelados que podrían ser requeridos en, por ejemplo, cinco años, y trataría de inducir a las diferentes industrias a actuar de acuerdo a esto". Es, sin embargo, imposible dejar de preguntarnos cómo marcharía la "inducción" de una "industria" si,

como aclara el argumento del Comité de Iniciativa en otro punto, los "medios de influenciar" las decisiones de las industrias incluyen "controles selectivos de crédito, guía de los flujos básicos de capital, limitaciones en el uso del aire, agua y tierra y 'distribución de los recursos de mando'."

Verdaderamente, a medida que se continúa la lectura, se vuelve cada vez más difícil averiguar lo que realmente intentan expresar los autores del artículo al decir Planeamiento Económico Nacional. Ni tampoco es más revelador en este sentido, a pesar de su lenguaje grandilocuente, el texto del Acta de Planeamiento Económico y Crecimiento Balanceado de 1975, inspirado por el Comité e introducido en el Senado por los senadores Jackson, Javits, McGovern, Humphrey, y otros. En tanto que el proyecto de ley es sumamente locuaz acerca de la Organización de una propuesta de Planeamiento Económico, es marcada su reticencia en lo que respecta a los métodos y poderes por los cuales este cuerpo se asegurará de la ejecución del Plan Balanceado de Crecimiento Económico que surgirá. No hay duda acerca de la elaboración de la maquinaria propuesta. Pero lo que hará, y lo que es más importante aún, es decir, el bien que hará, es sin duda más difícil de descubrir.

Subyacentes a algunos de tales argumentos a favor del planeamiento económico central, aparece la curiosa concepción de que sería ventajoso, para realzar el orden y la predictabilidad, que se establecieran a modo de esqueleto, los lineamientos a grandes rasgos de la distribución de recursos entre industrias y empresas, por un período relativamente largo. En otras palabras, lo que hoy día es una de las tareas principales de la industria, es decir, predecir tan correctamente como sea posible el desarrollo futuro en sus características particulares, sería manejado con anticipación por decisión gubernamental; sólo los detalles dentro de este marco de acción general serían manejados por las empresas. Apárentemente lo que se desea es aumentar la oportunidad de los gerentes y directores de distintas firmas de emitir pronósticos correctos con respecto a los hechos que afectarán directamente sus actividades. Pero el resultado de tal planeamiento sería exactamente el contrario; aumentaría en grado importante la incertidumbre de los gerentes, ya que la oportunidad que ellos tendrían para

adaptarse a los cambios en su medio ambiente inmediato (es decir, las cantidades que deberían comprar y vender y los precios a los cuales podrían hacerlo), dependerían de "la distribución de los recursos de mando", "la guía de los flujos básicos de capital", etc., de la oficina de planeamiento gubernamental. Para el gerente de una firma particular, el punto medio entre un sistema totalmente planificado y un mercado libre, sería el peor de los mundos, ya que su posibilidad de hacer cambios se convertiría en críticamente dependiente del expedienteo, el retardo, y la impredecibilidad, todos ellos tan característicos de las decisiones burocráticas.

Implicita en el argumento a favor del planeamiento gubernamental de la actividad comercial e industrial, está la creencia de que el gobierno (con una burocracia adecuadamente incrementada, por supuesto), está en una posición mucho mejor para predecir las necesidades futuras de bienes de consumo, materiales y equipos productivos que las firmas particulares. Pero, ¿de veras se sostiene con seriedad que alguna oficina gubernamental (o, lo que es peor, algún comité de planificadores políticamente orientados), tendría mayor capacidad de predecir los cambios en lo que tiene que ver con los gustos, el éxito de algún nuevo aparato u otras innovaciones técnicas, cambios en la escasez de ciertas materias primas, etc.; en las cantidades de algún producto a ser elaborado en varios años, que los productores o distribuidores profesionales de tales ítems? ¿Sería realmente posible que una Oficina Central de Planeamiento pudiera juzgar con mayor propiedad acerca del "número de automóviles, el número de generadores y las cantidades de alimentos congelados", que vamos a demandar dentro de, digamos, 15 años, que la Ford o la General Motors, etc., y, lo que es aún de mayor importancia, sería de desear que varias compañías en una misma industria actuaran todas

bajo la misma predicción? ¿No es acaso lo más racional del método competitivo el hecho que permitamos que aquéllos que muestran la mayor habilidad en la predicción sean los que tomen las providencias para el futuro?

VII

En algunas de las afirmaciones hechas por los nuevos defensores del "planeamiento", se ve con claridad que ellos piensan principalmente en otro tipo de planeamiento, uno que ha sido también detalladamente examinado en el pasado, en una discusión acerca de la cual los presentes protagonistas muestran poca conciencia, tal como ha sucedido con los anteriores exámenes del problema. Ellos muestran, realmente, una curiosa tendencia a rechazar con desdén cualquier sugerencia de que las experiencias de otros puedan tener relevancia, e insisten, en las palabras del Profesor Leontief, de que "América no puede importar un sistema de planeamiento del exterior. Los países difieren en los métodos de planeamiento porque difieren en sí mismos. Debemos desear y lograr un estilo norteamericano característico". (3)

La extensa discusión anterior de estos problemas, de la cual deberían haberse beneficiado los promotores norteamericanos de ese otro tipo de planeamiento, se desarrolló fundamentalmente en Francia, en los inicios de la década del 60, bajo el encabezamiento de "planeamiento indicativo": Esta concepción había atraído durante un corto tiempo mucha atención, hasta que fue decentemente enterrada, luego de la detallada discusión en el Congreso de Economistas de Habla Francesa en 1964, que reveló toda la confusión y todas las contradicciones en el involucradas (4). No es válida ninguna excusa de la ignorancia del resultado final de estas discusiones, claramente expuestas en un excelente libro en inglés por la Dra. Vera Lutz (5).

El resultado fue que la idea global del "planeamiento indicativo" descansa sobre una curiosa combinación, o mejor aún, confusión de acciones— hacer una predicción y establecer una meta. Se concibió que, de alguna manera, un pronóstico de las cantidades de los diferentes servicios y artículos de consumo a producirse ayudaría a determinar las respectivas cantidades que deberán ser producidas. Se concibió el plan como un pronóstico del gobierno con respecto a la meta que debe lograr la industria.

Este tipo de profecía autorealizable puede en principio parecer plausible, pero al reflexionar resulta, al menos en lo que respecta a una economía de mercado basada en la competencia, un completo absurdo. No hay razón en absoluto para asumir que el anuncio de una meta hará posible que los totales de producción nombrados serán realmente realizados por el esfuerzo de un número de productores actuando en competencia. Tampoco existe razón alguna para pensar que el gobierno, o quienquiera que sea, está en mejor posición que los empresarios particulares, actuando tal cual lo hacen actualmente, para determinar por anticipado las cantidades adecuadas de producción en las diferentes industrias, de modo que exista equilibrio entre la oferta y la demanda.

Es en este punto que se hace evidente que el presente reavivamiento de la idea del planeamiento en los Estados Unidos está inspirado por las representaciones de insumo-producto desarrolladas por el Profesor Leontief, y lamento decir que ella descansa completamente en una sobreestimación, por parte de su autor, de lo que esta técnica puede lograr. Antes de la Comisión Económica Mixta del Congreso (6), el Profesor Leontief explicó que "Primero, la obtención de información es una actividad pasiva. El presentar una imagen de lo bueno que sería una situación en caso de marchar todo bien, no es algo arbitrario".

(3) Citado por Jack Friedmen en el New York Times de mayo 18, 1975.

(4) Ver en particular las contribuciones de Daniel Villey y Maurice Allais al "Congrès des économistes de langue Française", mayo 1964.

(5) Vera Lutz, "Planeamiento central para la Economía del Mercado. Un análisis de la Teoría y Experiencia Francesa". Londres, 1969. También existe un breve trabajo anterior por la Dra. Lutz, "Planeamiento Francés", Washington, 1975.

Lo que tiene en consideración el Profesor Leontief es, sin duda, la técnica de las tablas de insumo-producto, que él mismo ha desarrollado, y que muestran de modo instructivo cómo, durante cierto período en el pasado varias cantidades de productos de las principales líneas de la actividad productiva fueron usadas por otras líneas productivas. Es una cuestión de infinita complejidad el entender cómo la producción de cientos de miles de diferentes bienes intermedios que son necesarios para producir un número menor, pero todavía muy grande de productos finales, es determinada por el mecanismo del mercado; y como el orden se establece por un mecanismo espontáneo que no entendemos completamente; que es ilustrado por el hecho de que necesitamos un Profesor Leontief para proporcionarnos un bosquejo aproximado de las mercancías que en el pasado han sido producidas en determinados sectores industriales y consumidas en otros.

Puede comprenderse que el Prof. Leontief desee refinar y extender esa técnica y construir tablas de insumo - producto, no para unas pocas docenas, sino para varios miles de clases principales de productos. Pero lo absurdo es la idea de que tal información aproximativa, acerca de lo que ha sucedido en el pasado, debería ser una ayuda significativa en la decisión de lo que sucederá en el futuro. Aún cuando fuera posible la obtención y la organización de las decenas de miles de los diferentes bienes realmente producidos en un período específico en el pasado, no se trataría más que de una combinación en las infinitas combinaciones posibles de insumos. No nos informaría acerca de si esa combinación específica sería económica en caso de cambiarse las condiciones. La fuente de la creencia en el valor de las representaciones de insumo - producto es la idea —totalmente errada— de que el uso eficiente de los recursos es determinado principalmente por las consideraciones tecnológicas, y no por las económicas. Esa creencia se hace evidente en el hecho que los abogados del planeamiento visualizan un equipo de unos pocos cientos de expertos técnicos (quizás 500 de ellos, según nos informa uno de sus voceros, al costo de 50 millones de dólares anuales) (7) —la mayoría de ellos científicos e ingenieros, más que economistas— trabajando con planificación para la Casa Blanca, ya para el Congreso (8).

VIII

Es lamentable el hecho que lo antedicho suponga una falta de comprensión total de la única manera en que, en el complejo orden de una gran sociedad, el uso eficiente de los

recursos pueda ser determinado. A modo de ejemplo, no hay necesidad de una cantidad especial de una materia prima para elaborar una cantidad determinada de encerados. En una situación en la cual a los compradores de encerados no les interesa la materia prima a partir de la cual éstos son fabricados, puede aumentarse el máximo la producción, eligiendo entre cáñamo, lino, yute, algodón, nylon, etc., es decir el material de menos costo, de modo de sacrificar al mínimo la obtención de otros productos deseables. El que podamos sustituir un material por otro, en este caso determinado y en cientos de otros casos (la mayoría de los cuales implican en la práctica complejidades mucho mayores), se debe a la circunstancia que en un mercado competitivo los precios relativos de los materiales nos permitirán determinar con prontitud cuánta más cantidad de un material que de otro pueda adquirirse a un nivel de gasto determinado.

Por lo tanto, sin el conocimiento de los precios no hay posibilidad de determinar, a partir de las estadísticas del pasado, la cantidad de diferentes materiales que se necesitarán en el futuro. Y dichas estadísticas pasadas nos ayudarán muy poco a predecir cuáles serán los precios, y por lo tanto, las cantidades que se necesitarán de los diferentes artículos de consumo. Es por lo tanto difícil de apreciar qué propósito cumpliría el anuncio previo de las cantidades de las principales clases de artículos que deberían ser producidas durante un cierto período en el futuro.

No obstante, aún cuando fuera posible determinar de antemano la cantidad de un determinado artículo (o variedad del mismo) a ser producido por varios años, es difícil ver en qué forma esto llevaría a las distintas empresas a producir exactamente tales cantidades que en conjunto corresponden a la cuota deseada —a no ser que se presuma que es deseable que las diferentes firmas conspiran entre sí para obtener una producción de cierta magnitud, presumiblemente que les resulte provechosa). En realidad este es el ideal que sin lugar a dudas guió a los defensores franceses del "planeamiento indicativo". Y, a veces, no podemos evitar la sensación de que los nuevos defensores norteamericanos del planeamiento se han convertido en las ingenuas víctimas de quienes aspiran a cartelizar algunas industrias del país.

Toda la idea de "gular" a las industrias privadas anunciando por anticipado las cantidades de diferentes artículos que éstas deben producir en un largo período futuro es un embrollo del principio al fin, completamente ineficaz y engañoso si es aplicado sin sanciones que obliguen a las industrias a hacer lo que se predijo; es una idea que tiende a destruir el mercado competitivo y la libre empresa, y, siguiendo su recta lógica, lleva directamente hacia un sistema socialista. Parece haber atraído a todos aquellos que desde la era del New Deal han deseado revivir el Consejo de Planeamiento de Recursos Nacionales del Presidente Franklin D. Roosevelt. Verdaderamente, el Profesor Leontief ha expresado su proposición específicamente de esta manera, (9) aparentemente intentando rodearla de un halo de progresivismo. Mas, para los economistas conscientes de las discusiones serias acerca de estos problemas durante los últimos 40 años, estas ideas, lejos de ser progresivas, constituyen ideas anticuadas, y en conflicto con lo que hemos aprendido acerca de los problemas en ellas implicados.

(6) "Notas de la Comisión Económica Mixta, Congreso de los E.U.A.", vol. I, No. 19, julio 19, 1975, p. 10.

(7) "Challenge", mayo-junio 1975, p. 6.

(8) El "New York Times", Febrero 28, 1975, "Grupo diverso defiende el Planeamiento Económico para los E.U.A."

IX

Sin embargo, queda aún otra corriente oculta, perceptible en las actuales demandas de planeamiento, que verdaderamente expresan una muy legítima insatisfacción con rasgos prominentes de nuestra vida económica. Esta involucra la esperanza de un tipo de planeamiento que sería enormemente deseable, pero que no sólo es completamente imposible del punto de vista económico, en las presentes condiciones, sino que también está en conflicto directo con otras demandas del planeamiento. El deseo es que el gobierno planee sus propias actividades por adelantado, para períodos prolongados, las anuncia, y se compromete a ejecutar esos planes logrando de este modo que la acción del gobierno sea más predecible. Sería evidentemente una gran dicha para la industria conocer con unos cuantos años de anticipación lo que hará el gobierno. Pero, por supuesto, esto es totalmente irreconciliable con el uso establecido de las medidas económicas como medio de lograr votos. Tal idea es aún más irreconciliable con las demandas de que el gobierno interfiera con las actividades de la empresa privada para hacerlas más adecuadas a algún plan que el gobierno haya formulado. La actual agitación en los E.U.A. por una nueva y amplia iniciativa de planeamiento incluye específicamente, en la mayoría de sus variantes, una condena al gobierno por su fracaso en la elaboración de sus políticas para el futuro lejano. Pero la legitimidad de tal condena no es una justificación para la demanda de que al mismo gobierno que tan notoriamente fracasó al planear sus propios asuntos, le sea confiado el planeamiento de los negocios privados.

X

La Ley de Planeamiento Económico y Crecimiento Balanceado de 1975 —conocida popularmente como el Proyecto de Ley Humphrey-Javits— es un producto decididamente curioso, tanto en lo que se refiere a su origen, como a otros puntos. El así llamado Coordinador del Comité de Iniciativa para el Planeamiento Económico Nacional —Myron Sharpe, editor de 'Challenge'— pretende que el proyecto fue inicialmente redactado por miembros del Comité de Iniciativa y que el proyecto final es el "producto conjunto del Comité de Iniciativa y los Senadores patrocinadores originales." (10) El Senador Javits, no obstante, ha formulado declaraciones para dejar claro que los patrocinadores del proyecto no son un instrumento del Comité para el Planeamiento Económico Nacional, y que la Proposición definitiva del Comité "no es aplicable a nuestro proyecto". (11) El Senador Humphrey, por su parte, ha asegurado que no se incluiría ningún tipo de coacción.

"Puedo asegurar categóricamente", dijo, "que no es la intención de los autores del proyecto, o del proyecto en sí, y que en él no existe ni una simple palabra o frase, que pudiera ser

usada para incrementar el poder del gobierno sobre la economía". (12)

Verdaderamente, el tan cuestionado Proyecto de Planeamiento Nacional resulta ser el instrumento para un propósito no revelado. Propone crear una enorme maquinaria burocrática para el planeamiento, pero su principal patrocinador, a la vez que usa constantemente la mágica palabra planeamiento, ha admitido no tener la menor idea del significado que ella tiene; el senador Humphrey explicó el propósito de los trabajos del Comité Económico Conjunto sobre el proyecto el pasado junio, diciendo: "Se trata de una etapa de consulta, y de asesoramiento; es de esperar que al cabo de este diálogo y esta discusión... llegaremos a una comparación mucho más clara y precisa acerca de lo qué exactamente estamos hablando, y acerca de lo que intentamos decir". (13)

Es difícil para un extraño comprender cómo después de presentar una iniciativa tan irresponsable y desatinada —que promete una mera maquinaria vacía sin propósito establecido, que quizás nos provea tablas de insumo-productos para unos cientos de artículos que no serán de utilidad para nadie, a excepción de algún futuro historiador económico, pero que en forma incidental podría ser usado para obligar al suministro de varios tipos de información que sería altamente valiosa a un futuro gobierno autoritario, —el senador Humphrey puede jactarse de que ésta es "su más importante obra legislativa" (14). Alguien tan desconocedor en lo que a la política norteamericana se refiere como este escritor podría sospechar que el Senador de Minnesota se constituye en la herramienta inconciente de intrigantes políticos, probablemente colectivistas, cuyo deseo es emplear la maquinaria así creada para fines inconfesables. Pero cuando se releen los informes de como ha evolucionado la campaña del planeamiento económico en los artículos del editor de la revista 'Challenge' cuya mano parece también reconocerse en varias de las otras declaraciones que apoyan el plan, uno se siente tranquilizado en cuanto a que nada hay más siniestro en juego que una tremenda confusión intelectual. □

(9) W. Leontief, "Por una Junta Nacional de Planeamiento Económico", "New York Times", marzo 14, 1974. Verdaderamente, las figuras más familiares entre los firmantes del Comité de Iniciativas para el Planeamiento Económico Nacional —Chester Bowles, John Galbraith, L. H. Keyserling, Gunnar Myrdal, Robert Nathan y A. Schlesinger, Jr.— parecen desear un nuevo N.R.A., y en cualquier país serían llamados socialistas, pero en los E.U.A. se hacen llamar liberales.

(10) "Challenge", mayo-junio 1975, p. 3.

(11) "Daily Report for Executives", publicado por "The Bureau of National Affairs, Inc.", junio 11, 1975, p. A. 11.

(12) "Notas de la Comisión Económica Mixta" Congreso de los E.U.A., volumen 1, Nº 19, p. 19.

(13) Ver "Notas" antes mencionadas, p. 2.

(14) "Planeando la política económica", "Challenge", vol. 18, Nº 1, 1975, p. 21.

